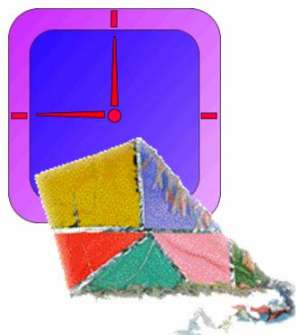


Derramada en colores...



Era domingo, y ella esperaba. Muy de mañana, y ella ya estaba. Algunas veces trasnochadas paseaban por las calles, mientras ella aguardaba, aguardaba, aguardaba – *Las promesas son promesas y el cumplirlas, es un deber...* - El hijo con la nuera y los dos nietos, ese día por fin, prometieron visitarla.

Visita del geriátrico. Visita de limosna. Visita del olor a naftalina. Visita de los colores desteñidos del pasado. Visita que se espera como una gota de sol, en la penumbra gris del tiempo. Visita de paso y sin un peso. Visita que es la excusa perfecta para pasear después, por otros lados.

Alguno que otro ruido seco, rasposo, interrumpiendo el silencio monacal de las primeras horas del domingo. A la distancia un ruido de motor de auto que pasa distraído. Y más allá, un esforzado colectivo afónico. Cada tanto parecía brotar una salva de píos, de algunos pajaritos bullangueros. La cortina blanca del living se hamacaba alegre, mecida por un viento que insistía en colarse por la ventana entreabierta.

Clotilde solo espera. Clotilde siente al tiempo transformarse en una esfera. Clotilde mira las agujas del reloj que parecen no avanzar... y desespera. Especie de espera de esperanzas, que se esparcen en un espasmo espectral, temiendo que ya nadie se acuerde que todavía ella, existe.

Toda esa noche durmió boca arriba. Hubiese preferido dormirla sentada, pero un dolor de cintura se opuso. Rizado el cabello, en una permanente inestable, debió esmerarse en cuidarla para lucir pulcra y prolija - *Prefiero privarme del agua, del pan y del aire, y no que me falten el espejo y el peine.*

Un vestido de glorias pasadas. Protegido de polillas y almanaques en su bolsa de plástico, ahora lucía impecable aunque holgado, en la adelgazada Clotilde. Rosa de grises rosados, era el color del vestido. Rosa de suaves rosados, el pañuelo que en su pecho lucía. Rosa de azulinos rosados, el collar que en su cuello pendía. Rosas que de tan desteñidas, parecían apenas variantes del gris

Sentada con las rodillas bien juntas, como le enseñó su mamá. Cada tanto estiraba sus faldas, más allá de rodillas e indiscretas miradas, como también le enseñó su mamá. Ochenta y dos años no son poco en edad, pero a sus piernas solamente las vieron el doctor y el marido. Como le enseñó su mamá.

Sentada muy cerca del antiguo reloj, podía mirar la entrada y salida. Sentada de frente a la puerta de entrada, podía mirar al reloj, entrar y salir de cada minuto en el tiempo - *Entre las once y las doce, por ahí estaremos...* - le dijo su nuera al teléfono. Tic tac que se oía muy fuerte al principio. Tic tac que se ahogó cuando el geriátrico comenzó a despertar. Tic tac

que abrazó con ternura al oído de la vieja Clotilde, esperando a su hijo. - *No. No es cierto que este fallando el reloj. No es cierto que el reloj, hoy más despacio avance...* - Se repetía, mirándolo de reojo. Y sorprendido su péndulo de tanta mirada, él también buscaba en la puerta de entrada, entender quien vendría.

Todos la miran al verla tan elegante – *Que Dios me perdone, pero todos me miran, me miran, me miran, porque sé que soy linda, porque sé que me admiran. Y todos me miran, me miran...* - piensa y es cierto que todos la miran allí, la señalan, a ella, cuchicheando sobre lo que hizo o hará o quien puede ser la visita que espera. Clotilde se pone contenta. Cara contenta. Feliz y contenta - *Sono contenta di essermi imbattuta nel tuo sito* – le dice una nonna italiana, rebosando mejillas rosadas, que se sienta de golpe a su lado. Ella se corre al costado, molesta.

Y las horas se arrastran, saltando a los tumbos, como haciéndose carne en el tiempo la vena poética de Joaquín Sabina y su historia: - *Y nos dieron las diez y las once, las doce y la una y las dos y las tres...* - Es cierto. Ese día el tiempo parecía aferrarse con bronca a las agujas del antiguo reloj, y no dejarlo avanzar...

Almorzó recién a las dos de la tarde. Afuera el cielo celeste, lucía radiante. Un poquito de esto y un poquito de aquello, al final casi nada probó – *Se están retrasando mi nuera y mi hijo, pero seguro que vienen...* - Almorzó sin saborear la comida. El reloj seguía arrastrando su tiempo. La puerta de calle, se abría y cerraba. Y también se abría y cerraba, su corazón que esperaba...

No durmió siquiera la siesta. Acostarse esperando, a veces resulta algo idiota, cuando lo único que calma la angustia es creer que en cada auto que para, en cada timbre que llama, en cada persona que entra, vendrá ese afecto que un día se ahogó. Se ahogó, se murió, se asfixió entre las aguas malsanas de una nuera que se llevó para siempre, la infancia, los sueños y sus desvelos maternos.

Teléfono. Cinco de la tarde y una mucama atendió. Avisaron que al otro domingo, a lo mejor, si se puede, quizá... a verla a Clotilde vendrán. Pero eran las siete y ella, seguía sentada. Timbre. El prolongado sonido la sobresaltó. El vidrio de la puerta, permitía ver a un niño de alrededor de nueve años. Por momentos se agachaba y en otros, se alzaba en puntas de pies. El travesaño de metal de la puerta, le quedaba a la altura de sus ojos nerviosos. Lo atendió la enfermera, con quien cruzó unas pocas palabras. A un lado ella se apartó y el pequeño, ingresó. Cruzó a la carrera, camino del parque de detrás del geriátrico, por delante de la anciana Clotilde.

Un barrilete había estado volando, creyéndose pájaro, creyéndose nube. El viento envidioso estuvo jugando con las varillas y telas. Lo hizo danzar arabescos muy altos y locos... y tensó demasiado a su hilo. Hubo un crac en las manos del niño... y el cometa en el cielo, cortado su hilo, comenzó a perderse mucho más allá de los árboles, más allá de la plaza.

La alegría transformada en tristeza, corrió de la mano de un niño que su barrilete perdía. Corrió entre los árboles, pisó el césped que estaba prohibido, cruzó entre columpios y hamacas, y giró hasta marearse en la calesita cansada. Y alzando los ojos al cielo, ya no lo

vio nunca más... Siguió corriendo detrás de su angustia, a esa edad en que un charco, es un océano inmenso.

- *¡¿Qué buscas niño?! ¡¿Acaso el barrilete que recién se cayó...?! – Un hombre de cabeza pelada y bigotes muy negros, cargaba en el auto su familia y las cosas, en ese domingo radiante que llegaba a su fin – Cayó en la parte de atrás del geriátrico... ¡Allá está la entrada! ¡Tócales el timbre...!*

Clotilde sonreía, cuando siguiendo un impulso, se fue para el parque, tras los pasos del niño. El aire más puro soplaba. El follaje danzaba entre verdes y rayos del último sol. El agua danzaba solitaria en la fuente. Y recién hacia el fondo, donde se pierde el camino de lajas, donde se tiran maderas que sirvieron de sillas, donde duermen chatarras que fueron de camas y botellas de sidra del primero de enero, divisó el cuerpecito del niño con su carita angustiada.

Tiraba del hilo, pero la rama doblada, cual si fuese una niña muy egoísta y malcriada, se negaba a entregar al preciado cometa. Uno, dos... cuatro, cinco y muchos, muchos intentos y el barrilete, se prendía más fuerte. - *No tires hacia abajo... ven hacia aquí y tira de costado...* - Clotilde sabía mucho de ramas, llantos, rodillas peladas y consuelos de urgencia. Y un suave tirón, cambiando de ángulo, lo hizo volar otra vez...

Una banda de colores en forma de arco, montada en la tela del multicolor barrilete, cayó suavemente rendida a sus pies. Se sintió atravesar los mil arco iris, diseminados sin orden entre flecos, telas y cola, y mezclada con la sonrisa más tierna que una cara de niño, es capaz de lucir.

Barrilete en la mano, cual escudo pintado en miles colores, los tonos y mezclas del rojo al violeta, del azul al añil, del naranja, marrón, amarillo, turquesa, esmeralda... el niño parecía un caballero gallardo, que custodiando a la dama Clotilde, inició su regreso.

Lo acompañó hasta la puerta, enfundada en su rosa vestido, tornado en multicolor arco iris. Sonrieron dentaduras postizas, se enderezaron jorobas, se hicieron mucho más hondas las muchas arrugas que provoca la risa, se levantaron las cejas que estaban caídas y el gris del geriátrico, se alumbró de colores cuando el cometa pasó por el living, repleto de ancianos, arrastrando a Clotilde y al niño. Fue un instante de magia, candor e inocencia.

Y Clotilde contenta y cansada, se fue a recostar. Algunos me juran que no fue solo el vestido. También su rostro y el azul de los ojos, las manos y la permanente del pelo, se le llenaron de vida, de intenso color arco iris. - *Hay que internarla, ahora mismo...* - el galeno de guardia, asombrado, rascándose la cabeza, buscaba si las luces de la habitación, eran la causa de semejante fenómeno - *¡Nunca vi nada igual!*

Hospital. Hablaron de derrame y de lesión cerebral. No murió de eso, ni de aquello, ni tampoco de lo que está más allá... Creo que se intoxicó con demasiados colores. Ella tenía su propio arco iris. Pero su pobre arco iris estaba pintado en negros y en blancos. Era triste la vida, pintada con grises...

... Fin...